



MISIONEROS DE LA CONSOLATA

El Superior General

CONMEMORACIÓN DE LOS DIFUNTOS DEL INSTITUTO

15 de NOVIEMBRE de 2022

¡Somos mortales y somos comunidad!

"Les agradezco las hermosas expresiones de pésame por la muerte del querido misionero. Ciertamente, el Instituto ha sufrido una pérdida muy grave, tanto era necesario. Pero hágase la voluntad de Dios. Desde el Cielo, por el afecto que le tenía al Instituto, continuará protegiéndolo e implorará muchos favores divinos para que cumpla su misión" (Respuesta de Allamano a las condolencias del Padre Gays por la muerte del Padre Costa, 2 de septiembre de 1918).

"Ser conscientes de que nuestra vida termina es una razón para amarla más; aceptando que la vida tiene un límite tratemos de vivirla más intensamente, con más alegría, amando y aceptando ser amados, porque, aunque sea corto, la vida es un fragmento de eternidad" (Enzo Bianchi).

"Es consolador y saludable, en la oración por los difuntos, meditar en la confianza de Jesús en su Padre y así dejarse envolver por la luz serena de este abandono absoluto del Hijo a la voluntad de su Abbá. Jesús sabe que el Padre está siempre con él (Jn 8,29); que juntos son uno (Jn 10,30). Él sabe que su propia muerte debe ser un bautismo (Lc 12,50); es decir, una inmersión en el amor de Dios" (Benedicto XVI, Homilía del 5 de noviembre de 2007).

Queridos misioneros, familiares, bienhechores, amigos,

Como cada año celebramos la memoria de nuestros difuntos. Los acontecimientos de nuestro tiempo, la muerte de tantos misioneros, familiares y amigos nuestros, nos recuerdan el sentido de nuestra vida frente a la muerte. Todos somos conscientes de que nadie es inmortal. Lo recordamos cada vez que asistimos al funeral de un hermano nuestro. La muerte nos toca a todos y nos acompaña todos los días. También aprendimos esto con la pandemia. Y, una vez más, necesitamos investigar su significado, que por sí solo es extremadamente difícil.

Los difuntos son parte de nuestra familia, todos estamos unidos por eventos comunes, tejidos de alegrías, esperanzas, dolores, fragilidades, fatigas ... Hasta el inevitable atolladero de la muerte, en un viaje que nos une a todos.

La ocasión de la celebración y del recuerdo es propicia para reflexionar y vivir una comunión especial con nuestros difuntos y recordarlos en nuestras oraciones con afecto y gratitud.

A pesar de que creemos en la resurrección y en la certeza de que la muerte no es la última palabra de Dios sobre nuestra humanidad, debemos sin embargo reconocer que la muerte es aterradora, es el paso obligado hacia la Vida plena. ¡Un paso por afrontar sin evasivas, con realismo humano y cristiano! Nos da un ejemplo el Card. Carlos María Martini, arzobispo emérito de Milán, enfermo de parkinson, quien "en el contexto de una muerte inminente", sintiéndose "ya llegado a la última sala de espera, o a la penúltima", confesó que se había "quejado repetidamente con el Señor" por la necesidad de tener que morir. Martini no oculta su tribulación interior para llegar a aceptar esa dura, oscura y dolorosa llamada: "Hice las paces con la idea de tener que morir cuando entendí que sin la muerte nunca podríamos hacer un acto de plena confianza en Dios. De hecho, frente a cada opción exigente tenemos siempre una salida de emergencia. En cambio, la muerte nos obliga a confiar totalmente en Dios". Ante el misterio de la muerte, que exige "entrega total", concluye Martini: "Deseamos estar con Jesús y expresamos este nuestro deseo con los ojos cerrados, ciegamente, poniéndolo todo en sus manos". Ante la muerte, el don de la fe cristiana aparece más rico, el único capaz de arrojar luz nueva y definitiva sobre el sentido de la vida, de Dios, del dolor, de la historia. Una luz que marca la diferencia.

Parafraseando un salmo, nuestros días no están en nuestras manos, y esto ilumina nuestra vida con un significado diferente. No todos los días son iguales, no siempre podemos comenzar de nuevo, estamos vivos y, al mismo tiempo, somos mortales, y esto se aplica a todos. No todo es equivalente, revocable, controlable; la muerte nos lo recuerda. Y la celebración y el recuerdo fraterno nos ayudan a comprender juntos su significado. Para recordarnos que ningún hombre es una isla.

Jesús nunca prometió que sus amigos no morirían. Para él, el mayor bien no es una larga vida, una supervivencia infinita. Lo esencial no es no morir, sino vivir en este mundo una vida resucitada. La eternidad ya ha entrado en nosotros mucho antes de que suceda. Entra con la vida de fe. Quien cree en Él tiene vida eterna. El Señor Jesús nos enseña a tenerle más miedo a una vida equivocada que a la muerte, a temer más una vida vacía e inútil que la última frontera que pasaremos aferrándonos fuertemente al corazón que no nos dejará caer.

La oración por los difuntos es un acto de auténtica intercesión, de amor y caridad por aquellos que han llegado a la patria celestial; es un acto debido a los que mueren, porque la solidaridad con ellos no debe interrumpirse, sino vivirse como comunión de los santos; es decir, de hombres y mujeres pobres y perdonados por Dios: éste es el camino por excelencia para entrar en la oración de Jesucristo: "Padre, que nadie se pierda... que todos sean uno!".

Confiamos en que las oraciones y la celebración de la Eucaristía, por el misterio de la comunión de los santos, puedan beneficiar verdaderamente a nuestros seres queridos difuntos y apresurar, si es necesario, su entrada en el "Paraíso" de Dios, donde sus lágrimas se secarán y no habrá más luto ni sufrimiento, sino sólo alegría y paz verdadera, plena y definitiva.

En comunión con todo el Instituto elevemos al Señor la oración más hermosa por nuestros difuntos: *"¡Admítelos a disfrutar de la luz de tu rostro!"*

Así le rezaba don Tonino Bello a María SS.ma, pensando en la muerte:

*"Cuando llegue para nosotros la última hora,
y el sol se apague en los destellos del crepúsculo,
quédate a nuestro lado para que podamos enfrentar la muerte.
Es una experiencia que viviste con Jesús,
cuando el sol se eclipsó y la oscuridad envolvió la tierra.
Repite esta experiencia con nosotros.
Quédate bajo nuestra cruz, vela por nosotros en la hora de las tinieblas,
infunde la dulzura del sueño en el alma cansada.
Si nos echas una mano, ya no le tendremos miedo...
Antes bien, el último momento de nuestra vida
lo experimentaremos cómo la entrada en la catedral de la luz,
al final de una larga peregrinación, con la lámpara encendida.
Una vez en su umbral, después de apagarla, depondremos la lámpara.
Ya no necesitaremos la luz de la fe, que ha iluminado el camino.
En adelante, serán los resplandores del templo
los que engrandecerán nuestras pupilas de felicidad".*

A todos y cada uno: buena y santa celebración, valor y adelante *in Domino*


P. Stefano Camerlengo, IMC
Superior General

Roma, 05 de noviembre de 2022

